



Lino Dou

DISTO POR SU AMIGO

Gerardo Castellanos G.

LA HABANA

1944

7415

Lino Dou

GERARDO CASTELLANOS G.

Lino Dou

Trabajo leído por su autor en sesión
solemne, el día 8 de Noviembre
de 1941, en la Asociación
Cultural Femenina,
Habana

LA HABANA

1944

Imp. y Pap. "ALFA" - O'Reilly 357 - Habana



Una de mis más tiernas y hondas vanidades, más bien orgullo, es haber sido amigo del alma de Lino Dou. Y como lo fui del alma, en el alma todavía lo conservo cual si estuviera vivo a mi lado, como ayer. Y lo curioso es —y ello se presta a que los espiritistas me afilien noblemente en su feliz y esperanzada falange— que al igual que en el caso de mi padre, jamás he podido tener a Lino por muerto, sino que frecuentemente me refiero a él en forma de activo en este mundo, y que me atiende y viene hacia mí en la primera oportunidad, es decir, se encuentra en provisional ausencia...

Declaro que cuando escribía estos renglones, y ahora que los leo, parecíame que me escuchaba y sonreía, mostrando su perfecta dentadura con dientes de oro... Y es debido a que cuando le visité la última vez, ya él en franca agonía, —conforme más adelante ampliaré— tuve el dolor, y contento a la vez, de que le hablé y me habló largamente de libros, cual si el Lino encamado (a quien ya estaban afuera llorando sus familiares y amigos); el coronel, el jacarandoso, el detonante, el paradógico, el simpático y festivo, fuera de repente a levantarse y salir de aquella que a las pocas horas fué su cámara de muerte...

De modo que amé y siento en mi pecho a Lino. Por eso es que apenas las señoras Ana Echegoyen de Cañizares y Dulce María Menéndez me

hicieron la amable demanda de cooperación a este acto solemne, titubee un tanto... no por rehuir el compromiso, sino porque para lo que se proponía y aspiraba la *Asociación de Cultura Femenina*, a primera vista entendí podía ajustar más, en el momento y lugar, otro de los tantos fieles admiradores y amigos que Lino Dou dejó sembrados en esta patria. Pero no debo ahora ocultar que por considerarme íntimamente ligado a aquel hombre y a su *Panchita* y a Max y a Neda, me estuvo produciendo un placer espiritual la culta insistencia de las citadas damas, a pesar de que aparentemente yo les fijara un plazo para la definitiva aceptación.

No se me ocultaba, ni escapa ahora, que muchos otros cubanos podrán pintar y definir a Lino, pero estoy

seguro que ninguno será capaz de sentirlo más hondo en el corazón que yo. Vale, pues, más en mí lo que haga y diga, por la vibración sentimental, de cariño, de amistad inmaculada, que por la exquisitez retórica. ¡Ojalá yo hubiese continuado siendo músico, para en lugar de palabras, que siempre son palabras, pudiera transmutar mis ideas en combinación de notas musicales, que son en verdad las que exponen mejor la expresión más tierna y pura del alma de los que aman!... Por que la amistad no es otra cosa que una manifestación del natural amor humano.

El reparo puesto a la comisión de esta *Asociación* era que yo con anterioridad había vaciado en un escrito mi leal sentir, y no quería aventurarme a labor duplicada. Cierto que por haber sido publicado en

corta edición, y en aquellos mismos días, son contados los que lo conocen. Aunque tiene, para mi, fragancia de cariño y mi reiteración actual, indudablemente carece de frescura, y no es discurso.

Mi reparo no pesó en la determinación de la Comisión, pues se conformó con esto, añejo, que en su hora de publicación fué homenaje a Lino Dou.

Y al ofrecerlo a ustedes, a pesar de haber transcurrido casi dos años de la muerte de tan insigne varón, me hago la ilusión de que expresamente lo escribí para un auditorio tan adicto como este; y al decir adicto quiero significar que son amigos, admiradores y familiares de Lino.

*

Durante muchos lustros, día tras día, mes tras mes, Lino Dou fué visita dilecta y perseverante de mi oficina. Así y desde allí iniciamos y mantuvimos contacto sobre cuestiones históricas. Como su presencia era tonificante al espíritu, al traernos avances frescos de todos los sectores públicos, sacados de sus otras visitas de tiro rápido a amigos y compañeros de la administración, nos resultaban inquietantes sus ausencias.

Lino era un diabético definido, crónico, avanzado. Disparates a granel, incontables, solían provocarle serias complicaciones que procuraba atenuar a fuerza de medicinas que conocía por simples lecturas, y que le daban pie para disertar largamente en pose pseudo doctoral. Por estas razones, costumbres y cariño, fué por lo que, cuando hace

apenas un año se eclipsó de mi lado varios días, corrí a verlo. Y eso que tocante a enfermedades, mejor dicho, a enfermos, sólo comprendo al hombre en dos posiciones geométricas: la vertical (saludable), o la horizontal (difunto).

*

Parto de Guanabacoa. Larga tirada en ómnibus hacia el sudoeste de la ciudad de La Habana, por el barrio de Arroyo Apolo. Donde se bifurca la carretera hacia Batabanó, junto a un puente, frente a una hondonada, por un solar yermo cruza la calle Hatuey, y el número tres es la sencilla residencia con portal de Lino.

Estaba yo preocupado por la gravedad en que podía estar mi amigo. Al toque tímido y quedo (tres golpes)

sobre la puerta, temiendo alarmar con un ruido al enfermo, insospechadamente salió éste en persona, alegre, sonriente, enseñando sus fuertes y blancos dientes. Y en su habitual forma jacarandosa y estentórea, en vez de aciárame su estado, censuró sin cuartel la salud mía y mis famosos disparates como diabético. De modo que por ir a saber de su salud, recibí una andanada de artillería. Los que tuvimos la suerte de tratar íntimamente a Lino Dou sabemos de su estruendosa franqueza, que yo solía llamar "salvaje y sabrosa campechanería", porque a pesar de su aparente brusquedad y desnudas verdades, su ropaje, o adjetivación, era de sabor tan originalmente fraternal cual el cariño que un elefante empleara con un amigo tomeguín; de paladar sabroso, porque de modo de-

liberado, en sus postreros tiempos, los de su madura y depurada filosofía, sólo se propuso ser amable, simpático. Sus alardes de anécdotas, a veces agrias, picantes y acibaradas, eran su manera o estilo, un estilo que en verdad no tiene igual.

Ese día, después de los saludos de rúbrica, amonestándole yo por sus incorregibles desatinos en dietas y curación, y él a mi por los peores míos, entramos de lleno en nuestra fervorosa afición a las materias históricas. Hablando de revoluciones, conspiraciones, hombres y cosas, sobre el acontecer de los pasados tiempos, preferentemente del 68 y 95, en un aparte le dije:

—Sobre ti, tu pensar, carácter y temperamento, en estos años de contacto, me propono escribir algunas

páginas, porque eres tan excepcional, sugestivo, pintoresco, exagerado, enfático, paradójico, escéptico, contradictorio, afable, culto y genial, que mañana, si alguien no deja bien aclarada tu personalidad, pocos podrían apreciar tu auténtica medida y valor.

Al oírme, ripostó:

—Soy yo el que debo apuntar tus paradojas, ateísmos y contradicciones, que si a veces corren parejas con las mías, por descalabrantes, pareceme que en muchos aspectos me aventajas por raro.

Y así quedó en suspenso el asunto... Dos diabéticos, conocedores de su crónica y aguda enfermedad, que se burlan de ella; dos tipos de análogos caracteres, que iban por el mundo vociferando verdades desnudas y

escupiendo escepticismo, a veces cinismo; maldicientes, heréticos, pero con amor acendrado a la patria cubana, quieren retratarse recíprocamente...

*

Después, a principios de noviembre de 1939, hice una visita a mi oficina. Estaba herido por grave dolencia. La diabetes resultaba ahora de menor peligro. Con arreglo a su afición y curiosidad de estudiar minuciosamente toda enfermedad que le amenazara, púsose a observar esta nueva suya en variados libros, y hasta a discutir con amigos médicos, que tan solamente por el cariño podíanle disimular sus atrevidas opiniones e impertinencias, ya que la medicina constituía campo de sus

constantes asaltos. El Dr. Octavio Montoro (aquí presente), sabio especialista en diabetes, y amigo intachable de Lino, conoce mucho de lo que estoy afirmando.

*

Su edad (nació en Santiago de Cuba el día 23 de septiembre de 1871), la dolencia, y los arrastres de su pasado tormentoso, habían surcado su organismo con crueldad. El hombre fuerte, de mediana estatura, ancho de hombros, voz robusta de barítono, pu!ero en vestir, siempre perfumado, que usaba bigotes, exhalador de salud, adelgazó aceleradamente, aunque el espíritu eléctrico, la plática nerviosa, nada sufrieron. Seguía burlándose de todo. Tras referirse a su dolencia, remataba con

disparos de humorismos, sátiras, juicios mordaces sobre hombres y cosas. Nadie escapaba de sus cortinas de fuego. E invariablemente, después de decir: "La paz de Dios sea con ustedes", se retiraba, meciéndose sobre su bastón, dejando flotar en el aire el dardo de un chiste...

Ese día de noviembre, a que antes me referí, sabíamos que su mal era de cuidado. Le roían úlceras en la vejiga. Aunque es significativo que a pesar de su sufrir, delgadez, palidez de bronce, no daba la sensación de enfermo, sino de alegría, burlón de la vida, creyendo que los hombres parecían egoístas e hipócritas hormigas.

*

Dos días después de mi regreso de un viaje (diciembre), al saber que

Lino seguía enfermo, volé a verlo. Me franquearon la entrada a su lecho. Le rodeaban amigos y familiares, entre ellos su incondicional Hilario Lamadrid y el adorado pequeño nieto (Ney) cuya inteligencia y original reserva le venían sirviendo para un curioso estudio sobre la secular herencia china al alearse con el negro cubano. Lino estaba extremadamente demacrado y delgado. Le brillaba en la boca su diente de oro. Su sonrisa fué acogedora; me pareció casi igual a la de anteriores días. Sin ahorrarr palabras, ni aún los adjetivos afilados que solía emplear con él, habléle de mi excursión reciente por la Isla. No le escatimé detalles geográficos, que tanto a él le gustaban, y jubilosamente le apunté mi asombro de ver que un veterano de la independencia, mambí ayudante

de José Maceo, estuviera como un nene metido entre "pañales". Rió bastante. Al referirme a un brillante trabajo reciente de J. Isaac del Corral (*La unión de Cuba con el Continente Americano*), se interesó por adquirirlo. Y habló de mi último libro. Porque Lino Dou hacía tiempo que estaba atraído por lo que yo me proponía exponer sobre Ignacio Agramonte, debido a que no simpatizaba con el Mayor. Me repetía que antes de lanzar su juicio definitivo quería darme la alternativa. En este solemne momento me declaró que había leído dos veces *Pensando en Agramonte*, y que gracias a mi labor quedaba reconciliado con ese prócer. En el curso de la charla no pude advertir señal alguna de agonía, de que estuviera en sus momentos posteriores.

Al salir de la habitación y notar que en la sala grupos de amigos y familiares hablaban en voz muy queda, de cementerio, díme cuenta del contraste de tal actitud con mi negligente y abundante plática ante el lecho del enfermo, impulsándome a preguntar a Max, su hijo, si había yo incurrido en desatino o error inconsciente, a deducir por la congoja reflejada en los presentes. Entonces supe que los médicos habían declarado que Lino avanzaba rápidamente hacia la muerte...

Honda fué mi pena y consternación. Pero, de todos modos, mi sincera y amorosa visita, desprovista del halo lúgubre de los que ya conocían su situación, seguramente produjo en Lino, por esa imponderable y misteriosa perspicacia de los que agonizan y que, como él, conservan

intactas y vigilantes las facultades mentales, efecto tonificante, reparador por el momento. Esto me conformó, por lo que a Lino se refería, puesto que en la retina de sus ojos, en el vibrar postrero, con la muerte se llevaría la impresión de mi voz, de mi ternura, de nuestras deliciosas pláticas históricas en consecutivos años.

Lo conocí por la historia cubana, para la historia cubana, y hablando de ella nos separamos... Además, mi leve vanidad de escritor criollo, siempre halagada, precisamente por Lino, ahora contaba, sumándose a mi último libro, con el supremo galardón de que patriota tan excelso, antes de irse de este mundo, había quedado reconciliado con el perínclito camagüeyano Ignacio Agramonte...

Salí con la impresión de Lino en saludable vida y en charla conmigo. Lino el parlador, el hiperbólico, el anecdotario en marcha, mordaz, satírico, el de andar presto y de risas rebosantes de júbilo, el hijo de Bárbara y de Lorenzo, periodista, soldado libertador, político, que diluía su saber en charlas; el que tenía, según su propio decir, “todo lo malo y todo lo bueno de los negros, todo lo malo y bueno de los mulatos y todo lo bueno y malo de los blancos y españoles y cubanos”, por su madre y su padre; el noble Lino Dou, así ha quedado indeleble en mi recuerdo y en mi corazón...

Y mientras regresaba a mi hogar a esperar el fatal aviso de que por algún tiempo... (sólo el que dure el resto de mi estancia en este globo) Lino iba a estar fuera de mi órbita

humana, busqué recuerdos en el pasado, a partir de los iniciales de nuestras relaciones en la Secretaría de Hacienda, donde han transcurrido treinta y nueve años de mi existir, y en cuyo cielo han nacido todos mis libros, e hice los conocimientos que me endulzan raras veces, mas, que mayormente me amargan o desesperan.

*

Lino llega a mi como una de las tantas paradojas de mi vida. Había él sido fervoroso político “conservador”, y éstos jamás fueron de mi devoción; era él devoto del general García Menocal, y éste, por sus graves errores como Presidente, tampoco figura en mi altar, aunque lo admiro como libertador. Lino había sido represen-

tante a la Cámara, adicto a la política absorbente de Menocal. Anudo amistad con Lino cuando en el período presidencial de Alfredo Zayas entra, por "indicación" del yanqui embajador Crowder, de Secretario de Hacienda el honrado, neurótico e inconforme coronel Manuel Despaigne. De modo incomprensible Lino era consejero y moderador de "Lico". Desde aquella época Lino Dou forma en mi reducido círculo. Con la singularidad de que cada cual mantenía sus ideales propios. A pesar de ser ambos simples engranajes del servicio nacional, muy desde los primeros momentos franca y terminantemente nos comprendimos en esas disciplinas y, por ello, soslayándolas, empezamos a fraternizar exclusivamente en cuestiones revolucionarias, de guerras, de conspiraciones, de hombres: circums-

cribiendo las especulaciones al pasado heroico, antes de 1899.

Ya venía yo entregado a las investigaciones históricas. Como que hago mis libros auxiliado con visión directa, sobre el terreno, y Lino Dou era un práctico vidente en la provincia de Santiago de Cuba, influyó sobre mí para escribir el que tratara sobre Calixto García. Por ello, aun a trueque de que un Secretario por esta razón quisiera causarme un impacto, declaro que mi modesto columbario oficial a veces fué gabinete de historia cubana. Afirmando que sin abandonar mi misión, a la par he sabido honrar a Cuba y sus próceres con libros. Lino venía diariamente a darnos luces de historia, preferentemente en torno de José Maceo, Demetrio del Castillo, la masonería y Juan Gualberto. A partir de su ce-

santía como segundo contador de Hacienda, dió "cátedra" diaria en mi negociado.

(Es un placer para mi ver que de esa minúscula unidad administrativa ha acudido esta noche la mayoría de aquellos a quienes Lino a diario hacía objeto de sus atenciones y chistes: Evelio Bermúdez, Esther González, Carmita Acosta, Juan Lacerda, Fidelina Díaz).

El punto más seguro de encontrar a Lino era en mi oficina. Es decir, que salía de su hogar, realizaba un recorrido por diversos lugares, celebraba quince o veinte entrevistas fugaces con amigos de todas clases, desde limpiabotas hasta generales y secretarios del despacho. Atacaba variados temas: medicina, política, historia, veteranismo, José Maceo.

Hacía cien e doscientas sátiras. Desollaba a cien adversarios. Daba un curso de gramática o filología, a las que era muy aficionado. Comentaba el libro que estuviera leyendo. Se tomaba unos rones. Lanzaba cataratas de risotadas, y tras referir unas cuantas anécdotas, orondo y rebosante de contento se marchaba con la ritual despedida de "el amor de Dios sea con ustedes". Naturalmente que tan divertida y culta manera, a la par que provechosa, daba ocasión a ese clásico y filosófico descanso llamado "majasería", tan usual y deleitoso a los empleados del Gobierno.

*

Lino Dou se interesó por todos los libros que yo escribí a partir de *Tierras y Glorias de Oriente: Calixto*

García (en 1927): pero éste fué, como ya dije, en el que intervino más directa y expresamente, ya que el tema gira en su región y con la mayoría de los veteranos de su provincia, que él trató en la guerra y luego en política. De cada hombre Lino supo darme una pincelada. Se preocupaba de la marcha de cada renglón. Puse atención en lo que escribí sobre Menocal, hasta el extremo que si bien gustó de lo que dije del héroe de las Tunas y su misión junto a Calixto, y por su conducto recibí un retrato suyo, no quedó satisfecho con lo que apunté, en severa nota final, sobre el "mayoral del cuero" y como pésimo Presidente. Mas siempre aprobó mi libertad y crítica, que me cierran las puertas para recibir recompensa material, ya que en Cuba lo establecido

es pedir gratis los libros, comprándolos solamente en las raras ocasiones en que se ven halagados con exceso. A esto débese que Lino diera preferencia al libro sobre Calixto García.

Fué en una nota de esta obra donde fijé unas líneas biográficas en torno de Lino. Bien quisiera reforzarlas con un trabajo medular, que merece su vida en múltiples sectores: su original carácter, cultura enciclopédica, vibración humana y filosófica, entendimiento social, exquisitamente comprensivo en sus últimos tiempos, lo que le daba condición de contagiosa felicidad y de que la vida es alegría y burla.

*

El gran amor de sus amores lo fué su madre, a la que siempre se

estaba refiriendo: “la noble negra Bárbara”, y su arrogante y severo blanco padre, el catalán don Lorenzo. De ellos nació —conforme él mismo decía— “el mulatico bonito Lino”. Que en verdad era buen mozo, de expresión atrayente, por la vivacidad de sus ojos y reír con todos los músculos de su rostro, enseñando los blancos dientes.

Lino fué el niño mimado del hogar, único, pues Enrique murió siendo pequeño. Ganó en buena lid el título de bachiller. Y desde muy temprano entró en actividad periodística, en aquellos tiempos coloniales, cuando ya estaba en marcha la conspiración martiana, aparejados veteranos de las antiguas campañas y las emigraciones. Su entusiasmo le acercó a Juan Gualberto. Juan era el más recio y valeroso paladín de la

revolución, agente especial de Martí, y, a la vez, apóstol de la raza de color. Lino hizo gesta con la pluma en pro de la independencia, y de los intereses de su raza como miembro fundador, en 1892, del directorio de sociedades de color. De este modo fué, a partir de entonces, discípulo mesurado de Juan Gualberto. Era su convicción que la raza de color había estado, y seguía, preterida, mal retribuida y comprendida, no obstante sus méritos, física belleza e indiscutibles virtudes, y de que le era necesario mantener viva campaña de aprender, para ganar los puestos que le correspondían en el reparto criollo, aunque para alcanzarlos y parearse con los blancos usufructuarios era preciso la obligatoria escuela.

A pesar de que Lino giraba en círculo de blancos, y seudos blancos,

la contemplación del sufrir y aislamiento de su raza, le habían provocado un evidente complejo que le impulsaba constantemente a ingeniosos sarcasmos, que vestía de aparente choteo. Uno de ellos era bucear en el pasado de cada blanco criollo, para llegar a la conclusión de que por lo menos en remotos años asomaba la oreja un africano puro, retinto y, por lo tanto, rara vez reconocía limpieza étnica caucásica. Ese complejo, preciso y exaltado en todos sus días y en cada peroración suya, resultaba fuera de lugar en hombre de tan robusta cultura, que precisamente vivía en ambiente de blancos, y porque le constaba que, como a Juan Gualberto Gómez y a los muchos cubanos de mérito de raza negra, solamente, y siempre, se les ha tenido en Cuba como representantes ciudada-

nos. Esto fué lo que me llevó, cierto día en que había hecho crudo análisis de origen de sangre de los presentes, con excepción mía, a declarar-le que me daba por satisfecho con pasar por el torniquete de los blancos, disfrutando de sus bienandanzas terrestres.

En contraste con su inclinación decidida, como campeón radical y constante de la raza de la madre, siempre vibró en él constante e implacable antiespañolismo, concediendo, como caso raro, que entre los pocos buenos que vinieron de la Península, estaba su padre, Lorenzo.

*

Sus lecturas, sus relaciones sociales, sus doctrinas avanzadas, le situaron en la manigua, alistándose

desde los primeros días (agosto 7 de 1895) en las fuerzas del general José Maceo, celebrando su bautizo de guerra y sangre en las acciones de Sao del Indio. José apreció la vivacidad, inteligencia y magnífica letra de Lino, nombrándolo su secretario-ayudante, aplicándole el remoquete de *Cuatro Ojos*. Lino pronto adoró al gago gigante de ébano, de valor incomparable, de disciplina de acero, a veces de mucha tolerancia y amor. Y por tanto quererlo y admirarlo, más luego pudo hasta remedar sus gestos y ofrecernos en varios trabajos la estampa verídica de José. De José conocía tanto que es lástima que no produjera la biografía que le rogamos, que tendríamos de haberse podido copiar las charlas que a diario iba derramando sobre su predilecto jefe. Tras de presenciar la

muerte de José, siendo ya teniente, y mambí de pies a cabeza, Calixto García lo ascendió a capitán y luego a comandante, y la Asamblea le confirió el grado de teniente coronel. (Por cierto que jamás admitió la falsa y hereje tesis de que José Maceo fuera muerto a traición por sus adversarios blancos; y su testimonio es decisivo, por haber sido él testigo en la acción junto a José). Lino cumplió con fidelidad, valor y dignidad su deber de cubano, contribuyendo a libertar su patria del dominio español. Galardón tan excelso, supremo, fué su constante orgullo. Se halló en los postreros momentos de la rendición de Santiago, junto a las fuerzas libertadoras. Conoció al dedillo las desagradables escenas de injusticias posteriores yanquis con los insurrectos. Y es en-

tonces que cambió el machete por la pluma y con los más destacados intelectuales del momento, la juventud llena de aspiraciones nobles y de ganar los escaños supremos, hace periodismo candente. Se pone junto a Demetrio del Castillo, del cual últimamente había sido jefe de estado mayor.

*

Aquel carácter seductor, de dinamismo asombroso, que manejaba la pluma con gracia y mordacidad inauditas, que a nada temía, hízose de enemigos y amigos. En la nueva lucha acabóse de definir su personalidad. Joven de incontenibles alegrías y picores. Los azares, y hasta el "espíritu" que su ilustre conterráneo don Emilio Bacardí Moreau po-

nía en el popular producto de caña destilada, le producían "contentos" frecuentes. Lino vivió en un vértigo de periodismo, política y jergas. Su nombre se meció en cabal popularidad en Oriente, por paradójico, derrochador, descreído, satírico, verboso in extenso, con peculiar estilo para escribir y perorar. Sin ser orador sabía expresar a borbotones lo que pensaba, sin detenerse, aunque preocupado de la redondez de la frase, de los pormenores gramaticales y retóricos (usaba la gramática de Andrés Bello).

Fundó periódicos. Pasó por la célebre *Política Cómica*, de Torriente. En múltiples revistas y diarios colaboraba, regularmente sobre temas de la guerra pasada. *Luz de Oriente*, *Albores*, *Labor Nueva*, *Renacimiento*, *Boletín del Club Atenas*, *Cúspide*,

Fraternidad, Cubano Libre, El Mundo, Diario de la Marina, El País, Bohemia.

Fué político de cariz nacional, en el partido de su ídolo el general García Menocal, y representante a la Cámara (1909 a 1913). Lógicamente, un hombre de esta envergadura, a pesar de su popularidad y méritos, no era adecuado para dura y provechosa estancia en la actividad legislativa; y así fué que a los cuatro años cesa y se aferra a la vida habanera, en ocupaciones diversas, más directamente como empleado público. Esto le permite leer más, darse auto educación superior ingiriendo a destajo saber de todas clases, lo mismo de raíces teológicas como de derecho, medicina, química, física, filosofía, gramática, sin faltar el estudio del folklore negro, con

afición pronunciada al ñañiguismo. Logró dominio de estas prácticas y del uso de su vocabulario, ya que entendía que el ñañiguismo auténtico es una institución pura y moral. Por eso era corriente que su primer saludo fuese en jerga ñañiga. Dedicóse a los trabajos masónicos, en conferencias y misiones de reconocido mérito, alcanzando altos grados por sus estudios, tesón y capacidad. Fué un meritísimo exponente de la buena masonería simbólica y filosófica.

*

Cansado de girar en un torbellino de contentos y placeres, sin que le faltara nada por probar; desdeñando las engañadoras "cartas", el criollo ron, el juego, alejado del ingrato vértigo de la política, todavía robus-

to y buen mozo, sonriente, optimista y contento de seguir por el mundo, recalca en el nido, se reajusta dulcemente a sus amores, al mecedor de siesta, al calor de la biblioteca hogareña, a las sabrosas comidas balanceadas hechas bajo el ojo crítico de la esposa diligente y honesta; y queda de nuevo sometido a la soberanía casera de *Panchita*.

Lino se hace hombre de hogar. Ya nadie lo hará desviarse, porque *Panchita* Arce ordena y dirige con la inteligencia y el corazón. Los hijos únicos (Max y Neda) le subyugan. Hizo de Max su inconfundible alter ego, moral e intelectual. El carácter no ha variado; por el contrario, en la que podríamos llamar nueva era, o resurrección, ofrece mayor expansión. El optimismo se ha robustecido. Los adjetivos, más briosos. Las

anécdotas se multiplicaron. Ofrece conferencias, escribe artículos sobre José Maceo y cuestiones de la raza negra e invariablemente, día por día, por las mañanas recorre parte de La Habana Vieja, dedicando a cada amigo, a cada conocido, a cada compañero veterano, mujeres y hombres, niños y viejos, sus anécdotas, sus chistes jugosos y picantes.

Parecía un rapsoda cuya misión fuera distribuir alegría y alientos. Jamás dejaba caer una gota de acíbar sin cubrirla con miel. En las oficinas detenían el trabajo para oírle platicar. Se burlaba de sus dolores, de sus enfermedades. Todos sus problemas los hacía converger a conclusiones sobre la guerra de independencia. Derramaba a manos llenas consejos médicos. Hasta en el gabinete dental de su hijo Max pro-

ducía confusión entre los clientes, que preferían oírle a dejarse extraer piezas o perforar con la infernal maquinilla. La entrada de Lino en una oficina era regularmente triunfal, llevando el bastón o el paraguas a modo de fusil, al hombro.

*

Indudablemente que Lino vivió, aparentemente, más hacia fuera, dándose a pecho abierto en simpatía, cariño, con perennes explosiones; que preocupado de propósitos ulteriores de la vida, ni aun de su salud. Si bien era un tantico epicúreo, sibirita de la buena mesa y los perfumes y la nitidez en el vestir, sin faltarle jamás un buen bastón o un fino paraguas, y el mantener coquetamente atusados sus bigotes; y man-

tuvo en voz alta el culto de su madre, de su padre, de los de su raza, las letras, el periodismo, la patria y la masonería; puede afirmarse que en línea y categoría delanteras, con exquisito fervor, cultivó un jardín de robustas amistades, que fueron su amado e inmenso público. Posiblemente dentro de éste no todos ostentarían la etiqueta de alter egos, pero los que no lo eran giraban a su vera con simpatía y contento. Y curiosamente eran de todos los colores, razas, credos políticos y aun religiosos, puesto que dentro de su abierta y candente franqueza era amablemente tolerante. Sin bucear con exceso, sino sencillamente espiando de Oriente a La Habana, entre vivos y muertos, el mosaico es notorio. Delanteros Juan Gualberto Gómez, José Maceo, Demetro Castillo

Duany, Manuel (*Lico*) Berges, Agustín Lafaurie, José Patrón Mojica, Mariano Corona, Mario García Menocal, Diego Tamayo, Lorenzo Despradel, José de Diego, Primitivo Ramírez Ross, Félix Preval, José Cabrera Díaz, Wilfredo Fernández y Manuel Despaigne.—Germán Wolter del Río, Octavio Montoro, Manuel Delgado, Mariano Vilá Mestre, Miguel Coyula, Regino Boti, Orestes Ferrara, Antonio Perera, Nicolás Guillén, Cornelio Elizalde, Armando Plá, Francisco José de Armas (*Nené*), Adolfo Pino, Ricardo Collado, Benigno Souza, Pastor del Río, Heliodoro Naranjo, Gustavo Urrutia, Ramón María Valdés.

Su palpar en forma oral, resultaba festivo; solía intercalar parrafadas conceptuosas y eruditamente suculentas, de las materias que domi-

naba con gracia estilística, extraídas de sus abundantes lecturas francesas, puesto que tenía pasión por todo lo francés, salpicando sus charlas con frases de ese idioma. Lo desconcertante era que corrientemente, sin concluir un problema serio, empezaba una burla, o sobre su nacimiento “bárbaro”, por ser hijo de Bárbara, o de que si poco le habían ofrecido oficialmente en vida, “forzosamente al morir tendrían que rendirle honores de jefe veterano”; o se refería a la raza que él llamaba de “café con leche”, que (insistía siempre en esta tesis, citando a C. O. Bunge) había dado los más célebres dictadores, y rebeldes, de la América hispana y que, sin embargo, querían pasar por blancos; o a cuando rumbeaba con su fiel y desviado Alberto Plochot, o sus francachelas

de juventud con mujeres, ron, barajas y bailes.

La mayor parte del tiempo de recorridos por La Habana Vieja y las oficinas públicas, lo pasó a mi lado. A mi negociado cábele la suerte de que Lino vivirá en su historia íntima (la que proyecto escribir de mi vegetar en la Secretaría de Hacienda), que está blasonado con la impresión de visitas de muchas figuras estelares de nuestras luchas por la independencia y de las letras. No pudiendo ser de otro modo, puesto que desde su fundación (en 1899) aparece servido por mí, que vivo amando y exaltando a Cuba. Lino pasó, pues, por mi micrométrica oficina como un ejemplo sui generis en tales adustos e ingratos centros, dejando un ruego de cariño entre sus servidores.

Medidas a tamaño de libro sus

verbas a granel, diseminadas de Santiago de Cuba a La Habana, en centros de cultura, templos masónicos y sociedades, formarían una abundante colección. Mas, toda su radiación ha quedado en el espacio... siendo escasos los trabajos suyos publicados. Salvo algún volumen facticio, de recortes de artículos, suyos, su labor sólo se conservará por tradición entre sus amigos, a veces exagerada su personalidad pintoresca.

Es singular, y muy digno de estudio, que este arquetipo de extraordinaria cultura, hondo y minucioso conocedor de los hombres y nuestros problemas varios internos, y de tan sugestiva simpatía, haya preferido beber, ahitarse más cada día de saber, y, en lugar de enfocar ese tesoro por cauce de seriedad y beneficios directos para sí, prefiriera,

por lo menos en lo aparente, ambular cada día y cada hora entre la masa de amigos y conocidos, inseguro, vacilante, descreído, haciendo chistes y lanzando ideas a chorros sin preocupación de plan... Ni una vez siquiera lo ví en cabal seriedad exterior... Aunque fraguara, lucubrara en sectores de ciencia y justicia y moral y patriotismo, daba a todo color y forma de sátira y festividad... Así, a continuación de una exposición científica, filológica, o química o social, cerraba con una carcajada que dejaba frío a los oyentes. Cual entendiendo que, después de todo, el viento se llevaría sus ideas. Diríase a veces un Hércules herido riéndose del mundo. Otras parecía un Montaigne criollo. Pero si bien revelaba tener un desconsuelo, una amargura secreta por la inconsideración nacio-

nal a su persona; sabía los puntos flacos, los talones de Aquiles y las melenas sansonianas de sus compañeros de andanzas en esta pícara isla antillana.

Esta manifestación constante, de sátira y guasa y crítica, en parte le cerraron o truncaron ser tenidos en superior altura sus positivos valores, aun entre sus íntimos de raza. Eran apreciadas su cultura y méritos, pero se temía a su cauterio... Por eso Lino no ocupó los cargos directivos que merecía. Repito, que se descubría demasiado; decía con exceso y sin rodeos lo que pensaba; y aquí los que triunfan son los Pachecos... Pero él, despreocupado, seguía su órbita de campechanería; se pirraba por ser popular y bien querido; y era más querido aun porque no hacía sombra. Lino por tales motivos

y razones fué un mal recompensado y peor comprendido en nuestra República.

*

Resumo; Lino Dou, átomo cósmico, vivió alegre, riendo. Orgullosa de sus padres. Ayudó a libertar a su patria con su pluma y en la guerra con el machete. Cruzado fervoroso de los ideales de su raza. Regó cantos de cultura. Supo mantener a su favor un adicto ejército de compañeros, a veces "amigos" y modelar una honesta familia. ¿A qué más puede aspirar un hombre en este mundo? Condensado en similitud de la naturaleza, botánico —ya que Lino era panteista— pareceme que fué una criolla palma real: crecida en tierra fértil; esbelta y bella; que daba sombra de-

liciosa; tronco útil para la fabricación, con resina para la ciencia y la industria humana; con polen de medular reproducción, en hijos y amigos. Por eso raro será el que considere muerto al expansivo y estentóreo Lino Dou. Para todos sigue orondo en plática simpática y culta.

*

Se aproximaron los días de Pascuas. Precisamente entonces Lino solía "prepararse" para cenar en la tradicional Nochebuena, sin reparar en que los turrones, membrillo, dulces variados, fueran perjudiciales a su diabetes. Mas, no pudo darse el último festín. Esta vez traspasó la Noche simbólica en plena agonía...

Para brindarnos la triste sensación de su final detonante broma li-

nodouesca, dejó de palpar el día de los Santos Inocentes, 28 de diciembre de 1939, cumpleaños de su hija Neda.

Y viendo el alarde póstumo, teatral, del formar militar, ese vanidoso oropel oficial, encubridor de la justicia que debió hacerse en vida, con ruido de espadas, piafar de caballería, armón embanderado, y de un gentío enorme y heterogéneo, como pocas veces en La Habana se ve congregado, de todas las disciplinas e idearios, en razas, política, literatura, ciencias; pensaba yo en la sarcástica carcajada que Lino hubiese lanzado si despierta y ve que para ser homenajeado le fué preciso morir.

Estuvo juicioso el general Enrique Loynaz del Castillo al señalar en la oración pronunciada ese día, que

Lino bajaba a la tumba en los minutos en que el Sol se ponía dejando penumbra en torno...

*

Puesto que evocar es volver a vivir, por haber evocado a Lino hemos vivido algunos minutos junto a él; lo cual en verdad constituye una piadosa y fraternal obra de amor en este mundo lleno de inquietudes y egoísmos, donde es tan fácil y corriente olvidar...

*Escrito en mi
"Celda de Luz y Paz",
de Maceo núm. 22,
Guanabacoa, Cuba.*

De este ensayo-homenaje a Lino Dou, se hizo una edición de 300 ejemplares, en los talleres de la Editorial "ALFA", de Andrés Belmonte, de O'Reilly n° 357, Habana, Cuba, costeadá por su autor. Quedando terminada el 20 de Agosto de 1944